

ANGEL M. MERGAL

EL REINO PERMANENTE



PUBLICADO POR LA IGLESIA EVANGELICA UNIDA
DE PUERTO RICO

1965

EL REINO PERMANENTE

ANGEL M. MERGAL

EL REINO PERMANENTE

PUBLICADO POR LA IGLESIA EVANGELICA UNIDA-
DE PUERTO RICO

1 9 6 5

Derechos reservados conforme a la ley.

Copyright by Author.

Impreso en México

Printed in México

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL ORION. Laguna de Mayrán 208

México (17), D. F.

Dedicado al
Rdo. Domingo Marrero Navarro
hermano, compañero y confidente

TABLA DE MATERIAS

CAPITULO	PAGINA
Nota Preliminar	11
I Meditaciones de la pasión	19
El núcleo de origen. La nube de testigos.	
II El ambiente de la pasión	39
El reino de los cielos, clave para una filosofía de la historia.	
III Las enseñanzas de la pasión	83
La palabra simbólica. Parábolas y conversaciones. Los ayes contra los fariseos. Las meditaciones del Cuarto Evangelio . La palabra apocalíptica.	
IV Las enseñanzas de la pasión	131
Los hechos simbólicos. El ungimiento. La última cena. El lavatorio. Judas Ish-Kerioth y Simón Bar-Jonás. La agonía del Getsemaní.	
V La Palabra de la Cruz	159
El prendimiento. El juicio de la religión. El juicio imparcial. La crucifixión. Las siete palabras.	
VI La Resurrección - Esperanza de Israel.....	219
La semántica de la Resurrección. Los datos de la Resurrección. "La dinámica de su Resurrección". La analogía heurística. Apología de la esperanza. El tercer orden de existencia.	

NOTA PRELIMINAR

Panorama del tema

Este libro es hijo de una ilusión: la creencia de que es posible restaurar la verdad originaria que informa la fe cristiana. Esta ilusión es el resorte que ha movido mi existencia desde el 1927, cuando acepté **El Evangelio** en la Iglesia Bautista de Cayey, mi pueblo natal. "Tú varías, y lo que varía no puede ser verdad", es la acusación que el Obispo Bossuet lanza contra el Protestantismo. "Tú no varías, y lo que no varía está muerto", es la respuesta que Miguel de Unamuno lanza contra el Catolicismo. Entre lo uno y lo otro agoniza, es decir se debate, la fe cristiana con enigmático vigor, en lo que va de historia a partir de la muerte de Jesús, el profeta de Galilea.

Hay tres fuentes de luminosidad para intentar una restauración: el interior del hombre, siguiendo la directiva de San Agustín; el interior del texto bíblico, siguiendo a Erasmo de Rotterdam; y el interior de la Iglesia o **Koinonía** cristiana, creyendo la promesa del mismo Jesús resurrecto: "¡He aquí yo estoy con vosotros todos los días...!" La tercera fuente es tan turbia que apenas si nos sirve. ¡Y esa es la desgracia! porque ella debe iluminar las otras dos, ya que es "en la faz de Jesucristo" donde resplandece "la gloria de Dios", al decir de San Pablo (**II Corintios**, IV, 6), y la gloria de Dios es la verdad originaria.

El libro consiste de las meditaciones de Semana Santa, dadas en la Iglesia Evangélica Unida de Santurce, Puerto Rico, desde el 15 de abril, Domingo de ramos, hasta el 22, Domingo de resurrección, de 1962. Son estas meditaciones una búsqueda del significado de la muerte de Jesús de Nazareth, llamado **El Mesías** por sus discípulos, es conside-

las conservadas por la Iglesia del primer siglo. Ninguno de **Los Evangelios** había sido escrito todavía. Basta contar la frecuencia del término **evangelio** en San Pablo y compararlo con el resto del **Nuevo Testamento** para justificar una profundización en el significado de este concepto y su utilidad para restaurar la verdad originaria de la predicación cristiana, simbolizada, a nuestro juicio, en la misteriosa frase: "aún si a Cristo conocimos según la carne..." (**II Corintios**, V, 16).

El Evangelio es consecuencia de una íntima contradicción: lo eterno del Reino de Dios accesible al ser humano por la muerte del Mesías, llamado a ser el Soberano de ese Reino. Esa es **La Paradoja** que intriga a Kierkegaard, sin lograr plantearse adecuadamente, pero mejor de lo que han hecho la generalidad de los teólogos. Sin embargo, dieciocho siglos antes de Kierkegaard fueron San Pedro y los discípulos de Emmaús los que permanecieron perplejos ante **La Paradoja**. El erudito alemán Adolfo Deissmann, al analizar la relación entre **La Religión de Jesús** y la **Fe de San Pablo**, señala hacia **El Reino de los Cielos** como núcleo de la predicación de Jesús, y a la muerte de Cristo, "**la locura de la cruz**", como núcleo del pensamiento de San Pablo. El relato de San Marcos es "Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios", referido inmediatamente al profeta Isaías (**San Marcos**, I, 3, **San Lucas**, IV, 17 y **Romanos**, X, 15). "Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el **Evangelio del Reino de Dios**" (**San Marcos**, I, 1 y 14). El símbolo más primitivo y permanente de esta predicación es el **Padre Nuestro**, y el centro del símbolo, "venga a nos tu Reino". ¿Qué sentido podía tener para sus discípulos la muerte del Mesías, encarnación viva del Reino?

La primera contestación es la de San Pablo. "Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación". La semántica de la muerte la provee la resurrección, índice de un **poder** al cual el Apóstol designa con el nombre de **gracia**, y el cual constituye el contenido racional (lógico) de su Evangelio: "la dinámica de Dios para transformar en justo a todo aquel que cree..." (**Romanos**, I, 16 y XII, 1). No es **gracia** porque sea gratis; el término latino es una aproximación al griego **charis**, cuyo primer sentido es **gozo**, **satisfacción**. Es la **sonrisa** del infante, producida por la vivencia, aun no racional, de una vida saludable y creadora; es la íntima satisfacción del artista y del científico, producida por la vivencia racional de una vida en proceso de

compenetrarse de su propio secreto creador; y es la bienaventuranza de Dios recreándose en su propia creación. Las demás distinciones con respecto a la gracia son elucubraciones teológicas de poco más o menos.

Juan Mackay, siguiendo la intuición de Miguel de Unamuno, observa en *El Otro Cristo Español*, que la piedad del catolicismo hispánico es un culto a la muerte, simbolizada en el Crucificado sangriento y agonizante. Por contraste, la piedad del cristianismo norteamericano es el culto a la vida, simbolizada en los lirios primaverales, los huevos del conejo pascual y el pollito recién sacado, símbolos infantilmente paganos. Las siete palabras desde la cruz, tema obligado de la Semana de Pasión en la tradición hispánica, aún en la protestante, es ignorado del protestantismo nórdico. La tradición se impuso al misionero. Esta polarización innecesaria de la muerte y la resurrección del Mesías es indicio inequívoco de un extravío semántico del Evangelio en la tradición de la Iglesia.

La breve, pero densa obra de Gustavo Aulén, su *Christus Victor*, es un meritorio esfuerzo de encontrarle sentido a ese extravío. En ella el teólogo sueco resume las interpretaciones cristológicas bajo tres designaciones: dramática, legalista y moral. La legalista es la llamada teoría substitucionaria, la más irracional y la de mayor aceptación universal en la teología cristiana.

Basta una lectura atenta de estas dos obras para convencernos de cuán inadecuada ha sido desde el "principio del Evangelio de Jesucristo", de San Marcos, la interpretación racional del núcleo mismo del relato evangélico: la pasión. Sin embargo la fe cristiana más auténtica ha sido siempre un "*Credo ut intelligam*" —un supuesto o instrumento de comprensión racional. La "*fides quaerens intellectum*" —la fe en busca de su racionalidad, de San Anselmo, es cimiento del saber humano que la fe a su vez ilumina y profundiza. Para San Pablo el desideratum de la fe cristiana es "la renovación del *nous* o entendimiento para compenetrarnos de la voluntad de Dios" (*Romanos*, XII, 1-2). Y esa voluntad de Dios, razón de todo lo existente, está cifrada en el relato evangélico. Descifrar ese relato es poseer la clave para comprender, para alcanzar la inteligencia de la fe, polarizada entre la obediencia de su muerte y la dinámica de su resurrección. Aceptar esa inteligencia como fundamento de la vida humana es, en palabras de la Carta a los Efesios: "ser corroborados con

potencia en el hombre interior, habitar Cristo por la fe en el corazón, y arraigados y fundados en **agápe** (amor de Dios), comprender las dimensiones del poder creador y el **agápe** de Cristo, que excede a todo conocimiento, para ser llenos de toda plenitud de Dios" (Cap. III, 16-19). Nótese que el mismo Apóstol reconoce esta función inteligente de la fe como **excesiva** sobre todo otro conocimiento.

Aceptar esta descripción de la fe funcional, ordenada hacia la reproducción en el creyente del **agápe** de Cristo, y sus consecuencias para la participación racional en la plenitud de Dios, presupone la obligación de restaurar la verdad originaria de un Evangelio aun no comprendido, si bien intuido gracias a la admiración y el respeto por Jesús que el relato de su pasión evoca.

La **Carta a los Hebreos** es el primer intento de interpretación sistemática de la muerte de Cristo, y el comienzo de una teoría substitucionaria, ya presentida en la **Primera carta de San Pedro**, por analogía con el culto hebreo. "Mas ahora tanto mejor ministerio es el suyo cuanto es mediador de un nuevo pacto..." En comparación con el antiguo culto, "¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de las obras de muerte para que sirváis al Dios vivo?... Porque donde hay testamento, necesario es que intervenga muerte del testador" (**Hebreos VIII, 6 y IX, 13-18**). La celebración del **agápe**, en memoria de la Cena Pascal, fortaleció esta tendencia a desarrollar un sacerdocio, una liturgia y un símbolo dogmático o **Canon**, de fe (Cf. **Gálatas, VI, 16**), que vinieron a constituir la constelación o matriz de la nueva Iglesia, o **Nuevo Israel** (Cf. **Romanos, IX, X y XI**). En el segundo y tercer siglos este **esquema** o forma rígida suplantó la fe personal; la "libertad en Cristo" del primer siglo se transformó en la **fe implícita**, fundamento teórico del sacramento **ex opera operato**, y esencia del catolicismo romano. Este proceso, al cual alude don Miguel de Unamuno en su ensayo **Pistis y no Gnosis**, no se completa hasta el **Concilio Vaticano de 1870**, con el dogma de la **Infabilidad Papal**.

Estas **Meditaciones de la Pasión**, no constituyen un tratado más de teología; pretenden ser solamente un comentario autobiográfico y cordial desde el interior del texto sagrado al interior del **hombre interior**, donde resuena perpetuamente la voz del Verbo de Dios. "Todo aquel que es de la verdad oye mi voz", dijo el Mesías al Procu-

rador romano (**San Juan**, XVIII, 37). "Las ovejas oyen su voz", la del Buen Pastor (**Ibid**, X, 3). " El amigo del esposo **con gozo se goza en la voz del esposo**", decía el Bautista en su rústico arameo (**Ibid**, III, 29). Y ese gozo es la expresión de la vivencia de la gracia del poder creador de Dios, no de la clarividencia teológica. Esa voz no es una **alucinación**, sino el símbolo de la fe auténtica. La voz alucinada conduce al absurdo, la voz de la fe conduce a la verdad y al amor. Por sus frutos las distinguimos.

Se inicia el libro con unas consideraciones sobre **los evangelios** y el modo de leerlos. Sigue una reconstrucción del ambiente humano en que se desarrollan los acontecimientos de la pasión: las actitudes de los enemigos, amigos y discípulos de Jesús, de los neutrales, de los individuos y de las multitudes. Se interpretan las palabras y las acciones de Jesús como simbólicas del sentido de su muerte; reflexionamos en sus palabras desde la cruz como expresión suprema del misterio de la encarnación, y finalmente, utilizamos **el hecho** de la resurrección como instrumento de investigación de la **verdad de Dios** revelada en Cristo, en la historia y en la experiencia del creyente.

El concepto universal que hemos utilizado al compenetrarnos del relato evangélico lo hemos tomado del apóstol San Pablo: el ministerio del espíritu (Cf. **I Corintios**, II, 10-16 y **II Corintios**, III, 1-9). Aunque San Pablo no expone ordenadamente este concepto, creemos que el mismo constituye el supuesto fundamental de su pensamiento. El apóstol contempla una escala del ser, desde la piedra hasta el espíritu, en la cual se da una tipología antropológica: el hombre carnal, el psíquico y el espiritual o **interior**. La noción de significado, sentido (**nous**) o espíritu permite clasificar los seres en portadores de significado, **cifras de la verdad**, e impartidores de significado. El hombre natural es ambas cosas: criatura actual y creador potencial, portador de significado y buceador de la verdad. El **ministerio del espíritu** es el culto a la verdad, el cual es la esencia del ser personal, y consiste dinámicamente en dar sentido a las cosas y en buscar el sentido transitorio y el final de las cosas, su sentido histórico y su sentido teológico, su sentido en el cambio temporal y en la permanencia. Al sentido o verdad permanente que informa toda la creación, llama San Pablo **la gloria de Dios** y **la plenitud** de Dios, y ella está cifrada en la encarnación de Jesús, "corporalmente" (**Colosenses**, 2:9). Compenetrarnos de la verdad personal y creadora cifrada

en la muerte, la resurrección y el amor (agápe) de Jesucristo es conocer o descubrir el misterio de Dios, poseer y ser poseído de la revelación de Jesucristo, conocer el misterio de toda existencia y participar deliberadamente de su proceso en el tiempo.

Don Miguel de Unamuno barruntó cordialmente esta majestuosa visión paulina. Pierre Teilhard de Chardin cree haberla redescubierto y confirmado científicamente en sus estudios de paleontología antropológica. Nosotros seguimos creyendo que la compenetración apostólica es la más profunda y luminosa. En el **Apocalipsis de San Juan**, que es el **Libro de la Revelación de Jesucristo** (idea tomada de San Pablo, **II Corintios III** y **Gálatas, I, 12**), el vidente lloraba mucho porque nadie podía romper los siete sellos y leer el libro que estaba en la mano de Dios (Capítulo V). "No llores", dice el anciano, "he aquí el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos. Y miré, y he aquí en medio del trono... estaba un Cordero como inmolado..." Goethe creyó ver en este libro un símbolo del misterio de la historia; tal vez sea más, de toda la existencia. Y el que desata los sellos es León y también Cordero, la totalidad y su íntima contradicción del Sí y del No (**II Corintios, I, 17-20**).

En **El Evangelio de San Juan**, donde se nos ofrecen relatos que pueden ser considerados como arquetipos junguianos, Jesús mismo revela a una humilde mujer samaritana la más íntima esencia de su religión: la adoración en espíritu y en verdad, y la **incorporación** de este espíritu y esta verdad en la persona que habla con ella. Deducimos de este perícope que a la escala del ser corresponde una escala de saberes, desde **las piedras**, que hablarán si los hombres callasen, hasta el más sabio de los apóstoles, y que la verdad encarnada en Jesús habla en una escala de elocuencia, desde al mar y a los vientos, hasta a los niños y a los sabios. Este es el verdadero catolicismo, ecumenismo y universalismo de la verdad digna de adoración. Es ella la que está simbolizada en el dogma de la fe implícita, de la gracia sacramental y la Sagrada Presencia. Pero el símbolo no debe servir para extravío de la razón, sino para guiarla; como la fe no debe suplantarse, ni sofocar la intelección, sino iluminarla. Este ha sido el propósito del libro: iluminar la intelección de la verdad de Dios partiendo de la fe en su encarnación, pasión, muerte y resurrección.

La lectura de esta obra está ordenada al texto bíblico, pues que así fue creada. Por ello indico, entre paréntesis, las referencias que

informan el texto del libro. Sin tener a la vista la referencia, la meditación aparecerá confusa y a veces sin sentido. El lector que no conozca la **Biblia**, debe relacionarse con ella y aprender a localizar un texto bíblico antes de comenzar esta lectura. El libro sagrado del judaísmo y del cristianismo, consta de dos grandes divisiones: una de origen hebreo, el **Antiguo Testamento**, y otra de origen cristiano, el **Nuevo Testamento**. El **Torah**, o La Ley, y los **Profetas**, constituyen el núcleo del **Antiguo Testamento**; los **Evangelios** y las **Cartas** del apóstol Pablo, el núcleo del **Nuevo Testamento**. La **Biblia** cristiana contiene ambos **Testamentos**; la hebrea, solamente el **Antiguo**. La división tardía en capítulos y versículos, facilita el manejo de la **Biblia**. Así, esta abreviatura —**II Cor. V, 16**— quiere decir, **Segunda carta de San Pablo a los corintios**, capítulo cinco, versículo dieciséis: “De manera que nosotros de aquí adelante a nadie conocemos según la carne, etc.”

Este libro no es de entretenimiento; presupone una colaboración atenta y bien intencionada, ya que lector y autor caminan juntos hacia otro Emmaús, en busca deliberada del **Reino Permanente**. Tal vez no vislumbraremos su proximidad hasta el crepúsculo vespertino de nuestro día, al cabo del transcurso de las cosas que se mudan desde un futuro incierto hacia un pasado indiferente. Bienaventurados si, al caminar, nos sobrecoge e ilumina inesperadamente la certidumbre de una presencia: “¡He aquí yo estoy con vosotros todos los días!”.

Río Piedras, Puerto Rico.

Junio 30 de 1962.

CAPITULO I

MEDITACIONES DE LA PASION

Retengamos el reino inmóvil.

Hebreos, XII, 28

El es el que da la salud.

Efesios, V, 13

El núcleo de origen

Estas meditaciones de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo siguen el desarrollo de un sólo tema: **El Reino Permanente**. Esta idea, como tema dominante del **Nuevo Testamento**, ha ido insinuándose y precisándose en mi conciencia al correr de los años, desde 1932, cuando explicaba a los Jóvenes Evangélicos de Puerto Rico, en una conferencia veraniega celebrada en el Instituto Blanche Kellog, **El Cristo Invisible**, de Ricardo Rojas; **El Sentimiento Trágico de la Vida** y **La Agonía del Cristianismo**, de Miguel de Unamuno; **La Palabra de Dios y la Teología**, de Karl Barth, y **La Historia de las Investigaciones de la Vida de Jesús**, de Albrecht Schweitzer. Hoy, treinta años después, ancla mi rumbo en la conclusión de la **Carta a los Hebreos, XII, 22-28**:

Habéis llegado al monte Sión, y a la ciudad del Dios vivo, Jerusalem la celestial... Y a Jesús, el Mediador del Nuevo Pacto, y a la sangre del sacrificio —que habla mejor que la de Abel... “**Aun una vez**”, declara la mudanza de las cosas movibles para que queden las cosas que son firmes.

Así que, **tomando el Reino Inmóvil**, retengamos la gracia, por la cual adoremos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor.

“Por que nuestro Dios” vale decir, es el mismo que habla de en medio de la zarza ardiente, el cual consume las cosas que se mudan, para que permanezcan las que pertenecen al Reino Inmóvil, a la Ciudad de Dios.

La frase “aun una vez” señala hacia la antítesis de **lo inseguro** y de **lo permanente**, la misma que aparece al cabo del “Sermón del Monte” entre el edificador insensato y el sabio, quien oye la palabra de Jesús y edifica su casa sobre ella, de tal modo que la lluvia y los vientos no pueden conoverla. La propia imagen usa el apóstol Pablo en su **Primera Carta a los Corintios**: “Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento... y nadie puede poner otro... el cual es Jesucristo... El fuego hará la prueba...” (Cap. III, 10-15) La obra así fundada es permanente.

El profesor Alexander C. Purdy, intérprete de esta **Carta**, advierte que es hoy “la menos conocida” del **Nuevo Testamento**. (Interpreter's Bible, vol. XI, pp. 577 sgts.) No debiera ser así, al menos para los evangélicos de tradición latina, ya que el comentario de Le Fevre d' Etaples sobre la frase “poco menor” (Cap. II, 7) fue la causa remota que llevó a Erasmo, y luego a Vives, a participar en las polémicas precursoras de la Reforma. Cree el profesor que las alusiones al culto judío y al **Antiguo Testamento** la hacen difícil. Sin embargo, la **Carta** sigue un método parecido al que usó Jesús con los discípulos del Camino hacia Emmaús. Si bien es cierto que el desarrollo de su pensamiento es difícil, aún en la traducción del texto, puede seguirse con entera claridad. (**Hebreos**, V, 11) La observación, sin embargo, ha sido verdadera siempre, y creo que esta postergación de la **Carta a los Hebreos** se debe, en principio, a causas encubiertas, pero presentes ya desde los orígenes de la Iglesia. Es la única dirigida

específicamente a los **hebreos**. La hostilidad contra éstos es manifiesta en los cuatro **Evangelios**; pero con mayor ahinco en el cuarto. Ello se refleja en la tirantez entre los discípulos de Juan el Bautista y los de Jesús; entre los ministerios de S. Pedro y S. Pablo; en la rivalidad entre Galilea y Jerusalem y entre las iglesias de Efeso y Jerusalem.

El Bautista ocupa, en el pensamiento de la Iglesia primitiva, la posición de profeta entre el antiguo **Berith** o Pacto, en la ley, y el nuevo, en la gracia. Su índice levantado hacia **El Crucificado** —el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo— es el símbolo más elocuente en la Crucifixión, de Matías Grunewald, acompañado de las palabras: “A él conviene crecer, mas a mí menguar”. En el pasaje del **Cuarto Evangelio**, de donde se toman estas palabras, la polémica entre los discípulos es ya considerable. “Aunque Jesús no bautizaba”, dice S. Juan, sino sus discípulos” (Cap. IV, 2). Sin embargo, Jesús dejó la Judea y se volvió a Galilea. “El que tiene la esposa es el esposo”, decía el Bautista, en lenguaje profético. “Mas el amigo del esposo, que esta en pie y le oye con gozo se goza de la voz del esposo; así pues este mi gozo es cumplido... El que recibe su testimonio, este signó (selló) que Dios es verdadero”. (**S. Juan**, III, 25-34) Aquí se confunden las palabras del Bautista y del Evangelista, pero no sin antes establecer una distinción: “El que es del orden celestial (de arriba) sobre todos es; el que es del orden terrenal habla cosas terrenales...” Es el sentido ulterior o trascendente de la palabra lo que signa o sella la verdad, como del orden terrenal y humano, o como del orden celestial, de Dios.

En el **Evangelio** según S. Lucas, el mismo Jesús establece la distinción: “Bienaventurado es el que no haga de mí un obstáculo para su fe... Os digo que entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista: mas el más pequeño en el **Reino de los cielos** es mayor que él”. (**S. Lucas**, VII: 20-28) Los discípulos del Bautista fueron numerosos, y no todos siguieron a Jesús. Uno de ellos, judío alejandrino, llamado Apolos, fue predicador eminente, y compartió con Cefas

y S. Pablo, la admiración de los cristianos de Corinto. (**I Cor.** 1, 12). Sin embargo, cuando llegó a Efeso, en ausencia de San Pablo, nada sabía del **bautismo del Espíritu Santo**, es decir, de la potencia de resurrección, instrucción que recibió de Priscila y Aquila, discípulos de S. Pablo. (**Hechos**, XVIII, 24-28) Cuando regresó S. Pablo, Apolos estaba en Corinto, y S. Pablo encontró doce creyentes que habían recibido solamente el bautismo de S. Juan, tal vez discípulos de Apolos, y S. Pablo los instruyó en **El Camino**, y en el bautismo del Espíritu Santo. Sin embargo, en la frase del Bautista "con gozo se goza" (**S. Juan**, III, 29) alborea ya el misterio de **la gracia**, cuya raíz es la misma que designa **el gozo** cristiano —la bienaventuranza o beatitud— y cuya causa es "el oír de la fe" de que habla S. Pablo. (**Romanos**, X, 17)

La huella de esta tirantez se pierde en el segundo siglo; pero reaparece en el Nuevo Testamento en otras relaciones. La principal acusación de los fariseos contra Jesús es que menosprecia la ley de Moisés. A ello responde Jesús: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas: no he venido para abrogar, sino para engrandecer... Oisteis que fue dicho, mas yo os digo... Sed, pues, vosotros perfectos, (**teleios**) conforme al orden **teleios** (perfecto) de vuestro Padre, que está en los cielos". (**S. Mateo**, V, 17-48) La Ley es solamente una jornada en **El Camino**. Esta disparidad de situación, en el tiempo, no permite al hebreo, hijo del Reino de David, comprender a Jesús, Hijo del Reino de Dios.

Lo propio ocurre luego entre los cristianos "de la circuncisión" (hebreos) y los de "la incircuncisión", (gentiles). Aunque en una de sus últimas **Cartas** diga S. Pablo, "los que son de la circuncisión: estos son los que me ayudan en el Reino de Dios, y me han sido consuelo", (**Colosenses**, IV, 11) también en la **Carta a los Gálatas** había escrito: "en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión", porque "la nueva criatura" elimina las distinciones entre Griego y Judío, bárbaro y culto; siervo y libre; mas Cristo es el todo y en todos". (Cf. **Gálatas**. VI, 15 y **Colosenses**, III, 10-11). Aunque S.

Pedro inició la predicación con bautismo del Espíritu Santo entre los gentiles, (**Hechos**, Cap. X) después del Concilio de Jerusalem, “como vieron que el **Evangelio** de la incircuncisión me era encargado, como a Pedro el de la circuncisión... nos dieron las diestras de compañía a mí y a Bernabé, para que nosotros fuésemos a los Gentiles, y ellos (Jacobo, Cefas y Juan) a la circuncisión”. (**Gálatas**, II, 7-9) Esta misma predilección se refleja en los datos de apariciones y en la ascensión de Jesús resurrecto: S. Mateo y S. Marcos por Galilea, y S. Lucas y S. Juan por Jerusalem. En su **post-scriptum**, S. Juan termina su **Evangelio** con una escena junto al lago de Galilea, en la cual el Señor declara taxativamente que S. Pedro carece de autoridad para intervenir con S. Juan y su obra en Efeso. ¿Cómo llegó S. Juan a Efeso después de lo consignado por S. Pablo en Gálatas? No lo dice el Nuevo Testamento, ni la tradición. (**S. Juan**, XXI: 21-24)

Aunque el profesor Purdy tiene ideas precisas sobre la **Carta a los Hebreos**, su frase con respecto al capítulo XII, 12-29, “de consideración pero algo general”, más se aplica a su propio **Comentario** que a la **Carta**. (**Op. Cit.**, p. 579) Vislumbra la idea, pero como dicen S. Pedro y S. Pablo, “en enigma”, “obscuramente” (**I Corintio**, XIII, 12 y **II Pedro**, I, 19). El tema único de la **Carta** es el Reino Inmóvil (**asaleuton**) la Jerusalem celestial, o Reino de Dios, “no hecho de manos” (Cap. IX, 24), porque su artífice y hacedor es Dios” (Cap. XI, 10). Lo hemos llamado “**Permanente**, y no Inmóvil, para que nadie vea en ello alusión al **Moviente Inmóvil** de Aristóteles. Es inmóvil porque no se muda o cambia, porque no se deshace con el tiempo transitorio (**la duración**), ni tiembla o se desploma con las conmociones de la naturaleza y de la historia. Porque pertenece, como el modelo parmenideico del Ser, a la permanencia del orden eterno de existencia. En las letras hispanas hay una **Amada Inmóvil**, de Amado Nervo; inmóvil por estar muerta. Pero la permanencia del Reino de Dios no es la muerte; es el Reino del **Maqor Hayyim**, de Ibn Gabirol, **La Fuente de las Vidas**. “No mirando nosotros”, dice S. Pablo, a las cosas que se ven, sino a las que no se ven; porque las cosas que se ven

son temporales, mas las que no se ven son eternas" (II **Corintios**, IV, 18).

A un compañero de trabajo, estudioso y espiritual, que se lamentaba del cambio vertiginoso de las ideas, las cosas y las personas en nuestra época, porque no había tiempo de pensarlos y poner sentido en el vórtice de su movimiento, le repliqué: "Ese vórtice gira sobre un pivote permanente, aunque no lo parezca, una inteligencia creadora y amante que hace cosmos del caos. Si lo descubrimos, tenemos el principio semántico donde apoyar nuestra propia existencia, y desde allí darle sentido al todo. Para mí, ese pivote tiene un nombre: **"El Padre de Nuestro Señor Jesucristo"**. Desde entonces, cada vez que nos vemos, me mira sonriente y dice: "No olvidemos el **pivot**". Y yo contesto: "Estamos en su Reino".

Estas **Meditaciones** se originaron en mi experiencia clínica como psicólogo, al tratar de comprender la diferencia entre la función de un sistema de alucinación y la de una hipótesis racional. En los mismos **Evangelios**, y después, en **La Historia de las Investigaciones**, a nuestro Señor se le tuvo por loco (**fuera de sí, extático**) y también a S. Pablo. "Ojalá toleráseis un poco mi locura", escribe S. Pablo. "Otra vez digo: nadie me estime ser loco; de otra manera, recibidme como a loco, para que aun me glorie yo un poquito" (II **Corintios**, XI, 1 y 16). Sin embargo, el apóstol admite que, juzgada con el criterio de la más alta sabiduría de su tiempo, su predicación parece locura (I **Corintios**, I, 18 y 23). Las "voces" del alucinado son las resonancias interiores del confuso rumor mundano, "la voz del esposo", que oye S. Juan, viene desde fuera, es el rumor de la Fuente que fluye para vida eterna. Esta imagen de **La Voz** es esencial del **Cuarto Evangelio**. Estas **Meditaciones** buscan esa potencia (dínamis) y esa sabiduría de Dios, que a los griegos parece locura y a los hebreos, piedra de tropiezo, mas para la fe verdadera, es **La Voz** auténtica, reveladora de la **Persona Ultima**.

Una hipótesis, la intuición original que **sostiene** el proceso de búsqueda de una verdad, es, como describe S.

Anselmo: "una fe en busca de su racionalidad". Esa intuición se convierte en verdad, según William James, por las consecuencias creadoras y positivas a que conduzca; a diferencia de un sistema de alucinación, o de una hipótesis falsa, cuyas consecuencias son el absurdo, la contradicción, la ruina y la disolución. El **éxtasis** producido por la verdad hipotética pone al investigador **fuera de sí** al trasladarlo, o **constreñirlo**, como dice S. Pablo con referencia al **agápe** de Cristo (II Corintios, V, 14), concentrándolo e integrando todo su ser en el **centro de su verdad**, por entrega total de su "sí mismo" al objeto de su fe. En el hijo del Reino, o como dijo Jesús a Pilato, en "el que es de la verdad" (S. Juan, XVIII, 37), ese objeto o hipótesis de búsqueda es **El Reino Permanente**. El **éxtasis** del loco, o del neurótico, lo saca del "sí mismo", al absorber o **centralizar** todas las cosas en su hipótesis falsa, por exagerada afirmación de un "sí mismo" iluso, hecho pivote del universo, y desplazándose del cosmos o vórtice, cuyo pivote es Dios. El **Evangelio** de la resurrección es locura para la cordura ilusa del **egocentrado**. "Estás loco, Pablo, las muchas letras te vuelven loco", dijo el Procurador Porcio Festo (**Hechos**, XXVI, 24-25 y XVII, 32). "No estoy loco, sino que hablo palabras de verdad y de cordura", contestó S. Pablo. Ambos usaron la palabra **manía**, es decir **verdad** central de un sistema, ya sea falso o auténtico; pero S. Pablo establece una distinción de órdenes de existencia, paralelas a órdenes de pensamiento y saber, de lo cual el "poderosísimo Festo" nada sabe: "Si estamos en **éxtasis** es a causa de Dios; pero por causa vuestra, somos cuerdos... Porque el **agápe** de Cristo nos concentra... de manera que **de aquí adelante** a nadie conocemos según la carne, y aun si a Cristo conocemos así, ya no"... sino de acuerdo con el conocer de la **nueva** criatura, renovada por la transformación de su **nous** o mentalidad (II Corintios, V, 13-21). A esta nueva mentalidad S. Pablo llama: "la palabra o **logos** de la reconciliación", y a la obra de Jesús, la disolución del pecado por el descubrimiento de su irracionalidad, es decir, de su razón de ser, lo cual es "la razón de su sinrazón".

La racionalidad humana, "según la carne", se distingue de la locura por su régimen práctico, descrito por Aristóteles en su **Ética Nicomaquea** como templanza o moderación. La racionalidad suprema del Reino de Dios se distingue por su régimen de **agápe**. "Sobre todas las cosas... el **agápe**", dice S. Pablo, "el cual es el vínculo de la perfección. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones..." (**Colosenses**, IV 14-15). La perfección es la **causa final**, el **vis a fronte**; y la paz es la potencia o virtud de Dios por el amor. Es el **agápe** el que enlaza nuestras existencias en un cuerpo (la Iglesia) hacia el cumplimiento del propósito o telos de Dios: su Reino Permanente.

La **Carta a los Hebreos** proclama a Jesús el Cristo, **Autor** y **Consumador** de ese régimen de fe y de amor, y **Mediador** del Nuevo **Berith** o Pacto, a base de esa transfiguración de **nous** o entendimiento, que efectúa en el pecador la aceptación de la encarnación, muerte y resurrección de Jesús, de lo cual el viejo régimen o Pacto fue solo **skía** (sombra) y **hipodeigmata** (modelos). **Hebreos**, II 14-15; XII, 2; VIII, 5-6; IX, 15 y 24). Al meditar en su pasión seguimos las indicaciones de esta Carta: "**recogitate enim eum qui talem sustinuit a peccatoribus adversum, semetipsum contradictionem**", como traduce S. Jerónimo. Pensemos de nuevo al que sufrió en sí mismo la contradicción de los pecadores, para no sufrir depresiones de ánimo y no desmayar en nuestro **Camino** hacia el Reino Inconmovible (**Hebreos**, XII, 13).

El fundamento racional de esta **Carta** es la promesa o Pacto establecido entre Dios y Abraham (**Hebreos**, IV, 1; VI, 17; VIII, 6; IX, 15 y X, 36). El mismo pensamiento aparece ya en las **Cartas** de S. Pablo a los Gálatas (Cap. III) y a los Romanos (Cap. IV). Esta promesa se cumple en Jesucristo. Su Evangelio fue la predicación del Reino de Dios (**Marcos**, I, 15). "Mi Reino no es de este mundo", dijo Jesús a Pilato (**S. Juan**, XVIII, 36). "¿Restituirás el Reino a Israel en este tiempo?", preguntaron los discípulos. Y él les dijo: "No toca a vosotros saber los tiempos —**cronos** y **kairos**— que pertenecen a la **autoridad** de Dios (**exousía**) a vosotros será dado **poder** (di-

namis — ¡ mismo poder que levantó a Jesús de la muerte) del Espíritu para que seáis mártires (testigos). Y les enseñó a orar diciendo: “Venga a nos tu Reino...”

Los discípulos no entendían esta distinción entre el Reino histórico de Israel y el Reino de Dios; pero le siguieron, conmovidos por la **Parousia** (presencia del Rey). Esta emoción dinámica es el **temor** numinoso de que habla Rudolf Otto, y “el principio de la sabiduría”, según la Biblia. Fundados en esa hipótesis, que Jesús es el Cristo y el Señor, los discípulos entienden mejor en la medida en que viven la autoridad (**exousía**) y el poder (**dínamis**) de la resurrección. Los Fariseos no lo entienden, a pesar de ser doctores de la Ley, y buscan su muerte. El pueblo fluctúa entre “oírlo de buena gana” (**Marcos, XII: 37**), “si quizás sea éste el Cristo”, y el “¡Crucifícale!” (**S. Juan, VII**).

El profesor Purdy cree que esta **Carta** fue escrita entre 70-96 A. D. Según su autor, había pasado suficiente tiempo para que los creyentes fuesen maestros y no niños en la fe (**Hebreos, V, 12-14**). Estas **Meditaciones** desean cultivar en vosotros el “reverencial miedo”, de que habla el autor, y “ejercitar vuestros sentidos en el discernimiento” del **Reino Permanente**, la visión del cual se obnubila con el deslumbramiento de los reinos terrenales.

“El que tiene la Esposa es el Esposo”, había contestado Juan el Bautista (**S. Juan, III, 29**). En la mística cristiana los desposorios espirituales del creyente con Cristo tienen un profundo sentido simbólico, expresado desde los maravillosos sermones de Bernardo de Claraval, sobre el **Cantar de Cantares**, hasta el **Cántico Espiritual**, de S. Juan de la Cruz, y otras luminosas representaciones artísticas del Cristianismo. Este lenguaje es el del apóstol Pablo en su **Carta a los Efesios**: “Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, y él es el que da la salud al cuerpo... Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla limpiándola en el lavacro del agua por la palabra”. Así como la

participación en el Espíritu Santo es **arras** o prenda del Reino Permanente para el discípulo la participación en la Iglesia es **arras** del Reino para la Humanidad y para la Creación (**Efesios**, I, 12-14). La salud del cuerpo es un índice de su **Sabiduría**, según Walter Cannon y Claude Bernard. Jesús, el Cristo, es la fuente de salud en todos los órdenes de existencia: "en El estaba la vida" desde el principio (**S. Juan**, I, 4). Este es el sentido o **Logos** de su encarnación, muerte y resurrección. "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (**Juan**, X, 10).

Todas las cosas creadas señalan, más allá de sí mismas, de su sentido inmanente, que busca la ciencia, hacia un sentido trascendente, que intuye la fe religiosa (Cf. **Romanos**, I, 20). Toda la estructura y funciones del cuerpo humano tienen un sentido inmanente, que buscan la biología, la fisiología, la fisicoquímica y la medicina, y se llama **salud**; pero también un sentido trascendente, una estructura y unas funciones con sede en el cuerpo y existencia más allá del cuerpo, que buscan la psicología, la filosofía y la teología, y se llama **persona**. Es la persona la que juzga y conoce al cuerpo. El estómago no es gastroenterólogo; ni el corazón, cardiólogo; sino las personas. De estos dos órdenes de existencia deducimos, por analogía, un tercer orden: la **Persona** de la creación y de la historia, cuyo **logos** o racionalidad encarnó, murió y resucitó en Jesús de Nazareth. A esta dirección, vector o intencionalidad hacia un sentido trascendente llamamos función simbólica de los seres creados. Esto es lo que buscamos en estas **Meditaciones de la Pasión**, su función simbólica, y su sentido trascendente.

Breve y soberanamente hermosa es la expresión del apóstol Pablo en su **Carta a los Filipenses**: "prosigo al blanco... extendiéndome a lo que está delante... a ver si alcanzo aquello para lo cual fui alcanzado de Cristo... poseído del sentir que hubo en Cristo Jesús" (Caps. II y III). Este sentir es su **nous**, su **logos**, el cual imparte racionalidad o sentido al aparente caos de los reinos terrenales, todos simbólicos del Reino **Permanente**.

La nube de testigos. Hebreos, XII, 1.

No sé si porque, iluminada por esta vocación, mi experiencia, como en todo pensador, se proyecta sobre sus materias de lectura y de reflexión, o porque realmente sea así, lo cierto es que veo en todo el Nuevo Testamento esta misma búsqueda de una interpretación racional y existencial de Jesús, desde el primer evangelio, que es el de San Marcos, hasta las intrincadas y enigmáticas páginas del **Apocalipsis**. Marcos es un ejemplo de una pura vivencia objetivada en narración.

Este **Evangelio** está compuesto de los recuerdos personales del apóstol Pedro, quien conoció a Jesús "según la carne", por la percepción de los sentidos corporales. Marcos, su intérprete, fue también discípulo y compañero de San Pablo; y las epístolas de San Pablo son también vivencias, pero no ya **según la carne**, sino según esa profunda sabiduría descrita por **El Apóstol** en los primeros dos capítulos de su **Primera Carta a los Corintios**, y resumida brillantemente en el capítulo 5 de su **Segunda carta**, versos del 13 al 17:

Porque si loqueamos, es para Dios; y si estamos en seso, es para vosotros.

Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos son muertos;

Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, mas para aquel que murió y resucitó por ellos.

De manera que nosotros de aquí adelante a nadie conocemos según la carne: y aun si a Cristo conocimos según la carne, empero ahora ya no le conocemos.

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

Nótese bien esta diferencia esencial entre **El Evangelio** según San Marcos y las cartas paulinas, porque esta se-

mejanza y a la vez contraste, de ser ambos testimonios de vivencias, pero uno de carácter histórico y otro de carácter eterno, puede que ilumine ese sentido (**nous**) al cual el mismo apóstol hace referencia en la ya citada **Carta a los Filipenses** cuando habla del "sentir que hubo también en Cristo Jesús." Y nótese también la analogía entre la locura y esta suprema sabiduría cristiana.

Cuando pasamos del evangelio de San Marcos al de San Mateo, es imposible evitar la extrañeza de quien pasa de una experiencia viva a una interpretación histórica y semi-teológica, dentro de una rigurosa tradición hebrea. Comienza el evangelio como cualquiera de las **Crónicas** rabínicas del Antiguo Testamento, con una genealogía, y continúa con una cadena de tópicos, como criterios de selección de incidentes de la vida de Cristo, acompañados de citas claves del **Antiguo Testamento**, para probar la tesis, presentada en palabras del apóstol Pedro: que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. San Lucas, quien es el único griego entre los escritores del **Nuevo Testamento**, si hemos de aceptar la tradición y las indicaciones históricas que lo identifican como "el médico amado" de San Pablo, nos da un evangelio de técnica griega, comenzando por las líneas introductorias del primer capítulo:

Habiendo muchos tentado a poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas,

Como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron por sus ojos, y fueron ministros de la palabra;

Me há parecido también a mí, después de haber entendido todas las cosas desde el principio con diligencia, escribírtelas por orden, oh muy buen Teófilo,

Para que conozcas la verdad de las cosas en las cuales has sido enseñado.

Este evangelio tiene un propósito apologético riguroso. Podría llevar por lema las palabras de la primera carta universal del apóstol Pedro, "Estad preparados... para poder dar razón de la esperanza que hay en vosotros". (I Pedro, III, 15). Lo que realmente dice el texto griego es "preparados a ofrecer una apología a cada cual que exija racionalidad a vuestra esperanza". Y eso es lo que hace Lucas: buscar LA VERDAD DE LAS COSAS QUE ENSEÑA LA IGLESIA desde Teófilo, el amigo, hasta nuestros días.

El Evangelio de San Juan, así como la Carta a los Hebreos y el Apocalipsis nos dan una interpretación de esta fe, en línea con lo que habrá de ser la tradición anselmiana: "fides quaerens intellectum". ¡Cuán lejos está la sencilla narración de San Marcos, reproducida parcialmente e incrementada, por San Mateo y San Lucas, de los abismos de experiencia mística revelados en los primeros catorce versos del Cuarto Evangelio! ¡Y cuán lejos de esta primitiva ingenuidad están las misteriosas visiones del Apocalipsis, en el cual el Cordero inmolado se declara a sí mismo el León de la Tribu de Judá! ¿Cómo puede ser león y cordero a la vez? Es un enigma que desafía la inteligencia "según la carne". Son estas paradojas y tensiones las que nos incitan para seguir pesquiando, con la frase clarividente del apóstol Pablo, "el nous que hubo en Cristo Jesús".

"Aquello para lo cual fui también alcanzado —de Cristo Jesús"— es decir, el blanco u objetivo de la vocación de San Pablo— nos daría la clave para la comprensión de este "nous" o "sentir que hubo en Cristo Jesús", y por tanto, la definición racional de la existencia humana, ya que el secreto que haya en Cristo, lo que explique su destino, también explicaría el humano. "En esto es perfecto el amor con nosotros" —escribe San Juan, probablemente desde la iglesia de Efeso— "para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo." (I Juan, IV, 17). Ya Jesús dice en los Sinópticos repetidas veces, "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame." La identificación con Jesús incluye también

su muerte; esta es la fe viva, la fe existencial a que alude el Apóstol con sus geniales jaculatorias: "Cada día muero". (I Cor. XV, 31). "No vivo ya yo, mas vive Cristo en mí". (Gálatas II, 20). El camino de la filosofía es "conocerse a sí mismo", el camino de la piedad cristiana es "negarse a sí mismo" para cumplirse en Dios. Solamente en Jesús estamos cumplidos, afirma el Apóstol. (Colosenses II, 10). Y es en razón de este progreso de la fe cristiana sobre la filosofía socrática, visto por Pablo mucho antes que por Kierkegaard, que escribe el Apóstol: "Las cosas que para mí eran ganancias, helas reputado pérdidas por amor de Cristo... por el eminente conocimiento... para ganar a Cristo... A fin de conocerle, y la virtud de su resurrección y la participación de sus padecimientos, en conformidad a su muerte". (Filipenses III, 4-10). Estas ganancias simbolizan la vida humana, la historia, la cultura, la sociedad, la "confianza en la carne", prestigio, raza, riquezas, ciudadanía, títulos: "Por amor de Cristo lo he perdido todo y téngolo por excremento". Esta es la proporción de valores que produce "el eminente conocimiento de Cristo" por vía de contraste, en el momento "del juicio", de la condenación, antes de que todas estas mismas cosas sea restauradas y transfiguradas, por la luz de la resurrección, antes del momento de la salvación. Esto es lo que va implícito en el concepto de **Repetición**; kirkegaardiano.

Naturalmente, después de entendido esto, la **repetición** es en primer lugar, de lo que ocurre con Jesús de Nazareth, el Arquetipo, o como dirían los Teólogos alemanes, el **Ur-mensch**: "El cual se anonadó a sí mismo... se humilló a sí mismo, hecho obediente, hasta la muerte... por lo cual también Dios le ensalzó a lo sumo". De donde infiere el apóstol que es Dios quien "en nosotros obra así el querer como el hacer por su buena voluntad". Y esto constituye, ya, una filosofía existencial de la vida humana y de la historia: el proceso de nuestro destino se inicia en el tiempo y se cumple en lo eterno. Sin esta visión, la vida humana carecería de **nous**, o sea, de racionalidad. También los **Evangelios**.

Nótese bien que en esta interpretación **kenótica** de **Filipenses** están mencionados todos los temas del Evangelio: encarnación, pasión, y resurrección. Estos son los mismos, mencionados ya de manera embrionaria al comienzo del capítulo 15 de la primera **Carta a los Corintios**, y desarrollados más concentradamente en las cartas a los **Gálatas** y a los **Romanos**. Es en **Gálatas**, precisamente donde el apóstol hace la primera alusión a "mi evangelio", añadiendo: "Aun si nosotros, o un ángel del cielo os anunciare otro evangelio del que os hemos anunciado, sea anatema". Es decir, sea como **piEDAD pagana**, sea falso, sea rechazado.

Maurice Goguel, al tratar en su **Vida de Jesús**, de fijar una cronología, ha observado que el **Cuarto Evangelio** pretende ofrecer esa estructura cronológica; pero resulta casi vacía de contenido narrativo, si bien plena de símbolos y de discursos. Las fiestas judías mencionadas en este **Evangelio**, pascua y tabernáculos, podrían tomarse como los puntos de esta estructura para calcular un ministerio de tres años; pero no es así, y Goguel lo reduce apenas a año y medio; porque, dice él, entre fiestas y viajes casi no aparece narración. Sin embargo, tanto Juan como Lucas incluyen materiales que no están en Marcos y Mateo. Lucas, significadamente, incluye las parábolas del rico insensato, Lázaro y Divas, el buen samaritano, el hijo pródigo y la experiencia de los discípulos de Emmaús. Esto lo hace deliberadamente, siguiendo el criterio de "la verdad de las cosas en las cuales ha sido enseñado". San Juan incluye las entrevistas de Jesús con Nicodemo y la samaritana, el pasaje de la mujer tomada en adulterio, el paralítico de Bethesda, la discusión del ciego de nacimiento contra los fariseos, la discusión del pan que desciende del cielo y a vida eterna permanece, la resurrección de Lázaro y una serie de meditaciones: sobre la verdad (cap. VIII), el buen pastor (cap. X), las moradas (cap. XIV), la vid (cap. XV), la venida del Espíritu Santo (cap. XVI), y la oración intercesoria (cap. XVII). Todo esto se incluye siguiendo también un criterio de selección, mencionado al final del Evangelio: "Y también

hizo Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Estas empero son escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis vida en su nombre". (Cap. XX, 30-31).

Esto de **tener vida** es de la pura esencia de este Evangelio: su significación terrenal. Después de las primeras palabras introductorias del primer capítulo, de referencia extraterrena, el **Evangelio** declara: "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres". Y en la meditación que constituye el capítulo X, engarza la tesis de su libro: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia". E inmediatamente, la polaridad: esta vida se imparte por la muerte: "El buen pastor su vida da por las ovejas... Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre, y pongo mi vida por las ovejas... Nadie me la quita, más yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar".

Este mismo eco se oye en el capítulo cinco, después de la curación del paralítico de Bethesda: "Porque como el Padre levanta los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida... El oye mi palabra, y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas pasó de muerte a vida... Por que como el Padre tiene vida en sí mismo; así también dio al Hijo que tuviese vida en sí mismo". Vida, vida abundante, vida eterna, vida en sí mismo: esta escala de vida es la escala de Jacob, su sueño realizado, a lo cual se alude en el llamamiento de Nata-nael: "De aquí adelante veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre".

Y con esta declaración de su propósito, terminó el cuarto **Evangelio**, pero luego otra mano, que escribe en primera persona plural, la mano de la Iglesia, añadió un Post-Scriptum. Se trata de zanjar la rivalidad entre San Pedro y San Pablo. Jesús resucitado examina la calidad del **agápe** de Pedro. Encuentra en él **eros** y **filia**.

(el amor natural y el amor culto); pero no encuentra **agápe**, el amor de Dios. Le encomienda un servicio, pero no una soberanía, que sólo Dios se reserva: cuando Pedro quiere intervenir con Juan, Jesús le replica: "Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a tí? Sígueme tú". El Gran Pescador, —declara el Evangelio, rememorando una vez más un milagro incorporado por Lucas, la pesca milagrosa— es Jesús, no Pedro. El otro discípulo "da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas..." pero en este **Post-Scriptum** es la iglesia quien dice: "sabemos que su testimonio es verdadero". Y creo que ésta es la iglesia de San Pablo, donde Priscila y Aquila enseñaron a Apolos el evangelio del espíritu, la iglesia de Efeso.

Es también de notar que además de la importancia destacada que se concede al Espíritu Santo en este **Evangelio**, es éste el que más espacio dedica a distinguir la obra de Juan el Bautista —la conocida por Apolos— de la obra de Jesús. San Lucas, quien probablemente fue también miembro de esta iglesia, es el único evangelista que esclarece el origen del Bautista y sus relaciones de parentesco con Jesús.

Si esta **interpretación** que el **Cuarto Evangelio** imparte a la historia de Jesús es la de la Iglesia, nos ofrece una clave para entender los sipnóticos, y lo que Goodspeed ha llamado el corpus de epístolas paulinas. Después de la muerte de Pablo, la iglesia de Efeso recogió y circuló todo lo que pudo de la correspondencia del Apóstol. Marcos, quien había sido su compañero, al comienzo de su obra misionera, escribió y circuló las **Memorias** del apóstol Pedro, lo cual sirvió de base para el **Evangelio** de la iglesia de Jerusalem, el cual incorporó una colección de dichos de Jesús conocida como **Logia** de Mateo, y el centro de la cual es el llamado Sermón del Monte. Lucas, el médico amado, escribe entonces dos **tratados (Logoi)**: el primero para ofrecer el fundamento histórico de lo que la iglesia enseña, y cuyo núcleo es el perícope de Emmaús, y el segundo para fundamentar el origen de la iglesia de Efeso, depositaria del **Evangelio** del apóstol Pablo. Lo que Lucas añade a Marcos y

a Mateo podría simbolizarse especialmente en la parábola del rico insensato, la historia de Marta y María y la experiencia de los discípulos de Emmaús.

“Una cosa es necesaria, y María escogió la buena parte...” (Lucas 10:42). Esta única cosa necesaria es también aquélla que nos da la **quiddidad** de la vida humana: “la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee... Procurad el Reino de Dios y todas estas cosas os serán añadidas”. (cap. XII, 15 y 31). Y el misterioso dicho que sigue a este pericope: “De bautismo me es necesario ser bautizado: y ¡cómo me angustio hasta que sea cumplido!” (XII, 50) sólo se esclarece a la luz de la resurrección. “Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria? Y empezando desde Moisés, y de todos los profetas, declarábeles en todas las Escrituras lo que de él decían”. (XXIV, 25-27). Y luego, al recordar esta experiencia, decían estos discípulos: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” Más tarde, ya en Jerusalem, reunidos todos como iglesia, Jesús volvió a estar con ellos: “Entonces les abrió el sentido, para que entendiesen las Escrituras”, y les encomendó la misión de evangelizar al mundo, hasta el fin de la historia (cap. XXIV: 45-48).

Este sentido para entender la necesidad de la pasión, es el mismo **nous** de que habla el Apóstol en **Filipenses**. Esto es “lo de Dios”, que no podía entender Pedro, aun después de su famosa declaración: “Tú eres el Cristo”, y por ello el Maestro tuvo que rechazarlo como a Satanás. Esta **confesión** de Pedro, centro de los Evangelios de Marcos y Mateo, se desplaza en Lucas hacia la experiencia de Emmaús. Solamente un griego podía sentir el rigor de esta necesidad (**ananké**) tan semejante al concepto paulino de predestinación. Todo el **Evangelio** de San Lucas obedece a esta intuición simbolizada en la experiencia del camino de Emmaús.

El **Evangelio** de San Juan sigue la misma tradición de los dos tratados o **Logia** de Lucas; pero apoyándose en la narración solamente para iluminar el **Logos** o **nous** encarnado, la **Gloria del Verbo Hecho Carne**; como lo hace constar la primera carta de San Juan: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado, y palpamos nuestras manos tocante al **Verbo de vida**; porque la vida fue manifestada, y vimos y testificamos, y os anunciamos aquella vida eterna, la cual estaba con el Padre, y nos ha aparecido. Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos para que también vosotros tengáis comunión con nosotros: y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo". (I Juan, I: 1-3).

Es muy significativo notar lo que el cuarto **Evangelio** elimina y lo que incluye. No elimina para substituir, sino que alude a ello, e incluye para profundizar: en lugar de las narraciones de la niñez de Jesús, la diferencia y relación del ministerio de Juan el Bautista con el de Jesús; en lugar de la confesión de Pedro, la conversación con Nicodemo; en lugar de la transfiguración, la resurrección de Lázaro; en lugar del Gethsemaní, la oración intercesoria; en lugar de la institución de la Comunión, el discurso sobre "El Pan de Vida"; en lugar del "Padre Nuestro" o "El Sermón del Monte", las meditaciones sobre la verdad, (caps. VIII y XIV), y conversación con Pilato, (cap. XVIII, 37).

Lo que en Marcos y Mateo es recuerdo y narración asombrada, perpleja y a veces confusa, comienza a ser apologética en San Lucas, e interpretación simbólica en San Juan. La narración es un referente histórico, un hecho visto, oído y palpado —sobre el cual apoyarse para ascender hacia otra esfera, más allá del tiempo y de la percepción objetiva, a la esfera del **Logos**, del **Nous** de la verdad. "Conoceréis la verdad y la verdad os libertará", dice a los hijos de Abraham —a los hijos de la historia— que habían creído en él. "Yo soy el camino, la verdad y la vida..." dice a Tomás, el pragmático, el hijo de la naturaleza. "Tú dices que yo soy rey. Yo pa-

ra esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquél que es de la verdad oye mi voz, dice Jesús a Pilatos, hijo de la ambivalencia social.

Pero ésta no es la verdad teórica, de la pura ciencia y la pura filosofía, la verdad neutral de la cual hablan K. Jaspers, B. Russell y S. Freud. Esta es la verdad de carne y hueso, la que se da entre un caminar interesado y una existencia personal, con nombre y apellido, la verdad en la cual se conjugan lo universal y eterno con lo individual e histórico. Y sobre todo, esta es la verdad que da vida a la Iglesia, la verdad en la cual se comulga; por ello está simbolizada en Bethesda y en el ciego de nacimiento, y es soberana sobre el sábado, es decir, la Historia; por ello, está simbolizada en Lázaro, y es soberana sobre la muerte, es decir, la Naturaleza; por ello es la cabeza de una nueva creación, la Iglesia. En esta visión se originan las cartas epónimas que siguen al cuarto **Evangelio: Efesios, Hebreos, Timoteo, Tito**, las cartas de Juan, Pedro y Santiago y finalmente, **El Apocalipsis** —la revelación o develación final de Jesucristo, el misterio de la Historia, la racionalidad del caos vital.

Muy pronto la Iglesia perdió este sentido de la verdad incorporada o corporativa, y lo substituyó por la ceremonia sacramental. La meditación de la pasión de nuestro Señor, consistente y devota, regida por este marco de referencia, podría restituirnos este **Verbo de Vida**, esta verdad vital y vitalizante. “Mi doctrina no es mía”, decía Jesús a sus contemporáneos, “sino de Aquél que me envió. El que quisiere hacer Su voluntad, conocerá de mi doctrina, si viene de Dios, o si yo hablo de mí mismo”. (**Juan, VII, 17**). El hombre sabio es “el que **hace** la palabra”, no el que la oye, aun si la comprende en teoría. (**Mateo, VII, 24** y Parábola del Sembrador, **Ibid, XIII, 23**). Estas meditaciones de la pasión van encaminadas a restaurar nuestra existencia personal, transfigurándola por la comunión con El Verbo de Vida.